

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón por videoconexión desde Milán, 24 de marzo de 2021

Texto de referencia: L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, Crear huellas en la historia del mundo, Encuentro, Madrid 2019; capítulo 3, puntos 1 y 2 titulados: «Un protagonista nuevo en la historia» y «Para la gloria humana de Cristo» (pp. 125-142).

- *What Wondrous Love is This?*
- *Il popolo canta*

Gloria

Buenas noches a todos. Comenzamos nuestro trabajo retomando el tercer capítulo del libro de Escuela de comunidad, «Un nuevo pueblo en la historia para la gloria humana de Cristo». ¿Cómo hemos visto nacer un pueblo?

¡Hola, Julián! Leyendo la frase donde Giussani dice que un pueblo nace de «un vínculo entre personas suscitado por un acontecimiento que percibe como decisivo para su significado histórico» (p. 125), me ha impactado ver en clase, soy profesor de filosofía, que el covid-19 también es indiscutiblemente un acontecimiento, no un impedimento para la relación con los alumnos, como se suele decir. Creo ver entre nosotros, durante las clases, la posibilidad de un vínculo aún más fuerte, precisamente en este momento, para una relación más verdadera, porque todos estamos unidos, abrazados (entre comillas) por un mismo hecho –la pandemia– desconcertante y confuso. Precisamente porque el pueblo «es un conjunto de seres razonables asociado en la comunión concorde de las cosas que ama» (p. 126), me parece que nos está uniendo a todos, está haciendo nacer en clase un amor entre nosotros, una amistad que antes era totalmente impensable. Ha dejado al descubierto cualquier posible aburguesamiento, superficialidad, distancia profesor-alumno (que en cualquier caso debe mantenerse en cierta medida), haciendo más verdaderas las relaciones y mostrando que lo que puede mantenernos unidos, lo que puede llevarnos a encender las cámaras en vez de ir cada uno a lo suyo, solo puede ser una pasión recíproca por nuestro destino. Como dice Giussani, se está afirmando «el factor ideal», tal vez aún no de manera explícita ni consciente, pero está: esa pregunta confusa que lleva a hacer clic para encender la cámara es la única esperanza de que suceda algo que para mí y tiene un origen muy preciso e indiscutible, que para ellos de momento es la sorpresa de una simpatía humana. Solo hay un único peligro, que «una civilización decae cuando ya no sabe manejar el ideal que la ha engendrado» (p. 127).

Es sorprendente que, para hacernos entender cómo nace un pueblo, don Giussani nos ponga delante el ejemplo de dos familias que viven en palafitos; no parte de algo abstracto sino de algo concreto que poco a poco genera una unidad –dice– entre dos familias, luego cinco, después diez, a medida que crece la generación, y esa unidad es una lucha por la supervivencia y, en último término, por afirmar la vida. Es algo parecido a la experiencia que has contado. Ante una necesidad te descubres unido a tus alumnos y compañeros en esta lucha por afirmar la vida, para que el tiempo de la pandemia no vaya “en vuestra contra”. El riesgo de que los palafitos puedan ser barridos por la riada les lleva a resistir y a buscar un lugar adecuado para vivir. Es decir, una necesidad vital genera un vínculo entre personas extrañas que llegan a ser un pueblo; no por un acuerdo o estrategia, sino por una necesidad. Luego –para responder a esa necesidad– se dan un ideal común e identifican los instrumentos y medios necesarios para poder alcanzarlo, sosteniéndose en una fidelidad mutua, en una ayuda recíproca para afrontar la situación. Todo eso les lleva a compartir un amor a las cosas que aman, es decir, a la propia vida.

Hace unas semanas estaba hablando en el atrio de la universidad con un amigo (él estudia Filosofía y yo Literatura moderna) de su tesis y me hablaba de Platón. Luego pasamos de la tesis a la diaconía

que habíamos tenido el día anterior con los estudiantes de nuestra universidad. En un momento dado, vimos a un chaval que se nos había acercado, se había parado (le veía por el rabillo del ojo) a nuestro lado y nos dijo: «Perdonad que os moleste. Solo os interrumpo porque os he oído hablar de filosofía. Yo estoy en primero de Filosofía y nunca había oído hablar así de filosofía, me ha parecido muy interesante. Normalmente mis compañeros de clase se preocupan por aprobar los exámenes o, como mucho, por llegar preparados al día de la prueba, pero me ha parecido que vosotros habláis de filosofía como amigos, que había sintonía entre vosotros. Por eso me gustaría hablar con vosotros de filosofía». La conversación fue muy sencilla, nos dimos los números de teléfono y quedamos a comer al día siguiente. Me llamaba la atención por lo que dicen estas páginas de la Escuela de comunidad, de hecho pensaba: «¿Qué habrá visto en nuestro diálogo?». Sin duda temas que son apasionantes –sobre todo para nosotros– pero también tiene que haber oído a gente más capacitada y experta que nosotros abordando estos temas, aunque quizá no con el mismo entusiasmo, capaz de implicar la vida entera. Al oírnos hablar de filosofía, debe haber captado algo que tenía que ver con su necesidad, que le interesaba por la necesidad que tenía. A través de la filosofía, a través de la conversación que estaba oyendo, debió notar algo, un cierto modo más humano de hablar, que salía al encuentro de su necesidad. Me parecía algo similar al motivo por el que yo también entré a formar parte del pueblo de Dios. Yo también, en circunstancias un poco distintas, oí a alguien que, por cómo hablaba, por cómo estudiaba, por cómo vivía la amistad, salió al encuentro de mi necesidad.

Me llama la atención el vínculo que estableces entre lo que le ha pasado a este desconocido y tu propia experiencia porque me recordaba lo que decíamos las semanas pasadas: lo que hemos encontrado, la experiencia que vivimos ahora nos pone en relación con el origen de la historia que nos ha alcanzado. Tú no estabas presente cuando esta historia comenzó, ¡pero puedes ver en el presente cómo comenzó, sin tener que hacer no sé qué tipo de investigación histórica! Mientras te escuchaba, pensaba que don Giussani saltaría de la silla oyéndote, porque esta es la razón por la que comenzó esta historia: ¡responder a una necesidad de tal modo que lo interceptéis como pertinente a vuestra vida! Este pueblo nació para mostrar que la fe es pertinente a las exigencias del vivir, es decir, a las necesidades del vivir. Por eso, al oírtelo decir ahora, don Giussani exclamaría: «¡Yo empecé por esta razón que ha llegado hasta vosotros!».

De aquí nace una unidad, una relación entre el «yo» de cada uno con su propia necesidad y el «nosotros» que interceptamos a lo largo del camino. Surge, por tanto, la cuestión de la relación entre el yo y el nosotros.

Parto de una cita del capítulo: «La unidad entre gente que Le reconoce en un determinado ambiente, en la medida en que está vinculada a la comunión de todos los que creen en la presencia de Cristo, influye en la sociedad, en su presente, y en la historia, entendida como continuidad de la sociedad. [...] Por su propia naturaleza, esa unidad (tanto si son dos como doscientos millones) influye en la sociedad, incluida su dimensión política, y en la historia como cultura y civilización» (p. 132). No entiendo por qué Giussani relaciona la unidad entre los que creen en Cristo presente con la incidencia social e histórica. Siempre he pensado en la incidencia de los cristianos en la sociedad como la consecuencia de muchos sujetos individuales que, generados por la comunidad, llevan al mundo una diferencia que perturba el ambiente y, cuando Dios quiere, con el tiempo lo cambian. Por eso me rechina un poco este acento en la unidad, y me gustaría entenderlo mejor. ¿Qué quiere decir lo que afirma Giussani, por ejemplo, sobre el lugar de trabajo? ¿Significa que es necesaria una presencia reconocible de la Iglesia para que los cristianos puedan incidir en un determinado ambiente? Además, si pienso en el tiempo de aislamiento que estamos obligados a vivir, me parece aún más difícil de entender. ¿Cómo se puede manifestar esta unidad al mundo si no podemos reunirnos físicamente?

¿Cómo podemos responder a esta pregunta? ¿Cómo se puede manifestar esta unidad al mundo si no podemos reunirnos físicamente?

Hola, Julián. Aunque ya lo había leído varias veces (tal vez de manera superficial), al retomarlo me ha llamado la atención esta parte del capítulo: «En este sentido el “nosotros” entra en la definición del “yo”: es el pueblo quien define el destino, la capacidad operativa y la genialidad afectiva —por consiguiente, fecunda y creativa— del “yo”. Puesto que el “nosotros” del pueblo entra en la definición del “yo”, el “yo” alcanza su madurez grande cuando reconoce su destino personal y la totalidad de su afecto al identificarse con la vida y el ideal del pueblo» (p. 126). Me ha sobresaltado porque también ha sido una provocación para retomar el trabajo de estas semanas, empezando por las clases online con todos sus problemas y dificultades. El encuentro del 30 de enero sobre la educación y la Escuela de comunidad no me han dejado tranquilo, sobre todo delante de la mirada de mis alumnos, varios de los cuales se han contagiado del virus junto con sus familias. Entonces, ¿cómo estar delante del dolor de algunas clases tan devastadas por el virus? Leyendo este texto recordaba lo que contaba don Giussani de san Hermann el tullido, citando a Martindale, que decía: «Pensad que ni por un instante pudo sentirse cómodo» (en L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, p. 304), y de la enorme creatividad que generó en él la pertenencia a ese «nosotros» del pueblo que eran los amigos de su monasterio. Se me ocurrió contar esta historia a mis alumnos y lentamente vi cambiar muchos de sus rostros, surgió una conversación sorprendente. Les pregunté: «¿Qué hace falta para vivir?». «Alguien que te quiera y no te abandone nunca», respondió uno. Toda la creatividad que puedo desarrollar con mis alumnos nace una y otra vez justamente de esta pertenencia. Pienso en cuántas veces doy por descontado este «nosotros» del pueblo que aún sigue definiendo hoy mi yo, pero por gracia es un «nosotros» presente que continuamente me reclama y define mi destino, incluso en estas circunstancias tan complicadas con mis alumnos. Gracias, porque cada vez veo más claro cómo me ayuda el trabajo de la Escuela de comunidad a captar tantos aspectos de la belleza que hay en mi vida, y que de otro modo quedarían sepultados por el aburrimiento, el miedo y la nada.

Como veis, el «nosotros» siempre está presente. «Puesto que el “nosotros” del pueblo entra en la definición del “yo”», como tú recordabas, «el “yo” alcanza su madurez grande cuando reconoce su destino personal y la totalidad de su afecto al identificarse con la vida y el ideal del pueblo» (p. 126). Por tanto, no hay un «yo» que pertenezca a un pueblo como el nuestro y no lleve dentro de sí el «nosotros». El ejemplo que ponías de san Hermann el tullido me parece muy significativo. Ese yo, con toda la fragilidad que conocemos (ni siquiera un instante de su vida pudo sentirse “cómodo”), fue generado de tal manera que floreció en él una creatividad enorme, como sabemos, que generó a su vez un pueblo. Pero a veces, cuando pensamos en el «yo» —por ejemplo en el trabajo, como decías—, lo concebimos como algo aislado. No es así. De hecho, tú estás en el trabajo con un «yo» cambiado, con un «yo» que ya lleva dentro el «nosotros». Entonces la cuestión es que «esa unidad (tanto si son dos como doscientos millones)» (p. 132) existe y se documenta en el mundo. Pero muchas veces nosotros damos por descontado que mi «yo» está presente precisamente porque hay un «nosotros» presente que continuamente me reclama y define mi destino. De ahí nace la poderosa operatividad que estáis testimoniando. No hace falta una genialidad ni dotes especiales, basta con dejarse generar por este lugar de pertenencia, un lugar que genera un «yo» con el «nosotros» dentro. Hasta tal punto es así que cuando el de primero de Filosofía oye a nuestros dos amigos hablando de una determinada manera se les acerca, sorprendido por la novedad que portan. Cada uno de nosotros, para ser verdaderamente él mismo, no puede dejar de mostrar en todo lo que vive ese «nosotros» que le genera. Por tanto, la cuestión es cómo nos dejamos generar, hasta el punto de llevar a todas partes ese «nosotros» que está dentro de nuestro «yo», aunque estemos solos. Luego, si nos encontramos con amigos al lado, figúrate, ¡mejor aún! Pero el «yo» de cada uno de nosotros ya lleva dentro de sí el «nosotros», si nos dejamos generar.

En este último tiempo, me he visto viviendo con aridez, levantándome por las mañanas con todo el peso de la jornada sobre mis hombros, oyendo cómo el Angelus se desliza como agua por el cristal; percibiendo cada palabra del texto de la Escuela de comunidad como algo bonito, precioso, pero “distante”, que no incide inmediatamente en mi estado de ánimo. Pero esta semana algo está

cambiando. Les conté esto a los amigos de mi grupo y su ayuda hizo emerger tal vez el único punto del texto que había llegado a sorprenderme: «La condición es que [el «sí»] se alce, que se apoye, que construya sobre la base del perdón, aceptándolo. Aceptar el perdón es quizá la cosa más difícil que hay, aunque, por otra parte, sea sencillísima» (p. 130). Del punto sobre el perdón me habría esperado algo como: «Con la ayuda de Jesús y de la compañía, podemos llegar a perdonar a los demás», o algo parecido. Pero nunca me habría esperado esto: «aceptar el perdón», pues yo me siento a gusto así, tampoco hay nada que perdonarme, así que... ¡Pero no! Durante los días siguientes algo cambió, en el sentido de que empecé a reconsiderar las cosas que suceden y las personas que me encuentro como algo que necesito para vivir, algo o alguien que viene a mi encuentro para ayudarme a volver a estar alegre, y no como cosas o personas de las que defenderme, como me suele pasar. Aceptar el perdón implica aceptar que necesito ser corregido (porque me equivoco) y, en último término, perdonado. Pero todo eso no llega así, “tranquilamente”, no es una cuestión que se resuelva de una vez por todas, porque en todo momento (también hoy) tiendo a estar a gusto, a encerrarme en mi “refugio”, en vez de aceptar abrirme a Su perdón, a las circunstancias que se me presentan en la vida cotidiana. Gracias, Julián.

¡Gracias a ti! ¿Quién no puede reconocerse en la descripción que haces de la aridez, del peso de la jornada, del *Angelus* que se desliza o de sentir las palabras que leemos distantes o no incidentes en nuestra vida? Pero todo ha cambiado cuando has aceptado –porque sentías que lo necesitabas– ser perdonado, corregido, y entonces has empezado a despertar. ¡Sin esta experiencia de perdón no hay posibilidad de relación verdadera y duradera con nada! Se comprende así por qué aceptar este perdón es el origen –dice don Giussani– del pueblo: «Hay una página del Evangelio que documenta existencialmente la irrupción del Pueblo nuevo en la Historia, con su nueva tarea de pertenecer a Cristo y participar en su misión» (p. 128). ¿Quién de nosotros habría pensado en la página que tenía en mente Giussani? ¿Quién habría relacionado el origen del Pueblo nuevo con el «sí» de san Pedro, es decir, con dejarse perdonar y por tanto generar por toda la pasión de Cristo por nuestra vida? «El “sí” de san Pedro», dice don Giussani, «abre la conexión entre la vocación de la vida personal y el designio universal de Dios. Este nexo entre el momento personal y la totalidad misteriosa del designio de Dios [...] ¿qué produce?» (pp. 128-129). ¡Produce el pueblo! A través de «sí» de Pedro, Jesús expresa este nexo encargándole que se haga cargo de Sus corderos, y es como si le dijera: «Yo conduciré a mi rebaño por medio de ti». Así es como experimentamos el triunfo de la piedad de Cristo por el hombre, por cada uno de nosotros. El terminal último mediante el cual Cristo nos sigue alcanzando con Su piedad es el pueblo nacido del carisma de don Giussani. ¡Podemos reconocer que Cristo está presente porque nos alcanza la piedad de Cristo por cada uno de nosotros!

¡Hola! He pasado unas semanas aislado por el virus, durante las cuales ha estallado en mí el deseo de no desperdiciar ni un segundo del tiempo que Dios me da. Pero, como suele pasar, cuanto más lo intento más desastrosos son los resultados. He empezado a intuir que el malestar y la angustia que siento normalmente cuando mi vida está marcada por el trabajo y por el resto de la vida cotidiana era exactamente igual que esas mañanas en las que tenía que levantarme de la cama sin un objetivo muy concreto. ¡Entonces no es un problema de la circunstancia! Me ha llamado la atención algo que me escribía una amiga: «¿Qué hace de la vida, vida? Hace falta un camino, una educación que nos permita hacer el trabajo de la razón, que nos permita dar una razón adecuada de lo que vemos». Después de una Escuela de comunidad con mi grupo, salí muy nervioso, herido y determinado por una medida de mí mismo: «Es que no soy como ellos, no hago el mismo trabajo que ellos, valgo menos». Ver esa felicidad en sus rostros me molestaba. Notaba que dentro de mí se abría un abismo, pero lo absurdo es que justo ese día había recibido muchos regalos que me habían conmovido, mientras que por la noche estaba triste. De nuevo esa misma amiga me escribió: «¡Mira quién eres en el fondo y qué deseas!». Me fui a la cama enfadado, pero a la mañana siguiente me dije: «¡Falto yo! No quiero perderme yo en la afirmación de mí mismo». Llamé a otra amiga que había intervenido en la Escuela de comunidad porque quería poner este malestar delante de un «tú». Surgió una conversación realmente liberadora, un abrazo real y total a mi pequeñez, que me liberó y volvió a

ponerme delante los regalos del día anterior, ¡incluida la Escuela de comunidad! Al día siguiente tuve otra llamada con una amiga que había cumplido años, a la que planteé mi dolor por no haberla felicitado y me dijo: «¡Este dolor también es camino, pues ahora me estás llamando!». Me surgió una gratitud inmensa porque Él continuamente me acompaña a través de rostros muy concretos, hay una sobreabundancia de iniciativas hacia mi vida, un amor sin cálculo. Él viene a buscarme dentro de mis límites, y todo se convierte en camino, también mis altibajos emocionales. Él acontece para mí ahora. Este amor infinito me hace respirar. Gracias, porque esta noche también he podido volver a poner todo esto delante de ti, gracias por la gran paternidad que nos sigues mostrando.

Esta es la piedad de Cristo por tu destino, que te llega a través de varios amigos y que vuelve a ponerte constantemente en marcha, hasta hacerte sentir una gratitud inmensa que hace renacer toda tu persona. Una pertenencia que –cuando la reconocemos, dice don Giussani– da inicio a una relación nueva con todo. Citando el «sí» de Pedro, dice: «El “sí” de Simón es el comienzo de una relación nueva de cada persona con toda la realidad» (p. 129). Muchas veces nos preguntamos: «¿Cómo llegará esta novedad en las relaciones que todos deseamos?». Giussani responde que esta novedad llega cuando dejamos entrar a Cristo en nuestra vida, ¡como hizo Pedro! Decirle «sí» a Él es el inicio de una relación nueva de cada persona con la realidad entera, el inicio de una relación nueva no solo entre la persona concreta y Jesús, ¡sino una relación nueva con toda la realidad! ¿A quién no le gustaría una relación nueva entre hombre y mujer, entre padres e hijos, en la manera de vivir la educación o mirar al cielo, levantarse por la mañana, ir a trabajar, mirar los propios límites y dudas? Todo eso tiene que ver con la promesa de Jesús de hacer nuevo cada aspecto de la vida. Nosotros no podemos generar la novedad que necesitamos para ser reconstruidos constantemente, así que preguntémonos: ¿cómo llega esta novedad?

Leyendo la Escuela de comunidad en mi grupo, nos hemos topado con la cita de Newman y queríamos entender qué significa la frase inicial: «La Iglesia cristiana, en cuanto sociedad visible, es necesariamente una fuerza política o un partido. Puede ser un partido triunfante o perseguido, pero siempre tendrá las características de un partido que tiene prioridad en su existencia respecto a las instituciones civiles que lo rodean» (p. 133). ¿Qué quiere decir para cada uno de nosotros y para el movimiento en el contexto cultural actual? Gracias por tu ayuda constante en nuestro camino.

Gracias a ti. Acabamos de decir que del «sí» de Simón nace una relación nueva con toda la realidad, hombre y mujer, padres e hijos, educación, trabajo, y podemos añadir ahora lo que tú dices: la política. Este pueblo no deja fuera nada. Por eso don Giussani comenta el texto de Newman señalando que «un hombre aferrado por Cristo, y que por ello pertenece a la vida de la Iglesia, saca las razones, los motivos y las imágenes para lo que debe hacer de todos los campos, también de la política, de esta pertenencia» (L. Giussani, *Un acontecimiento en la vida del hombre*, Encuentro, Madrid 2021, p. 219). La Iglesia no puede prescindir de las características descritas por Newman; pertenecer a ella tiene que ver con todo, también con la vida social y con la política. Veamos si la experiencia de alguien puede arrojar algo de luz para responder a tu pregunta.

Hola, Julián. En la universidad hemos tenido las elecciones del CAD, el consejo dedicado a la docencia, donde uno no se presenta con una lista sino personalmente. Hay que inscribirse para presentarse y hace unos días un representante de una lista de extrema izquierda se me acercó y me dijo: «Creo que tienes que presentarte». Entonces le pregunté: «¿Por qué me dices eso, cuando en la universidad siempre has intentado causarme problemas?», y me dijo: «Te lo digo porque veo que tú eres amigo de la gente, y creo que en el Consejo de docencia hace falta alguien que mire así a la gente». Él y yo solo tenemos en común el amor por la física y por la universidad, por eso me impactó tanto que me dijera algo así. Luego yo me preguntaba: «En el fondo, ¿qué habrá visto para decirme esto?». La Escuela de comunidad venía en mi ayuda cuando dice: «La responsabilidad de los cristianos consiste en ser lo que han conocido, lo que se ha vuelto parte de su mente y de su corazón. Somos, por lo tanto, responsables de ser lo que somos, aquello a lo que hemos sido llamados por Jesús en el Bautismo y mediante el encuentro que lo ha hecho más tarde florecer en nosotros. Nuestra

responsabilidad consiste en ser amigos por razón del encuentro que hemos tenido y conforme a él. Y esta amistad no puede dejar de influir sobre las relaciones que establecemos en la familia, en el trabajo o en la vida social y política» (p. 135).

La pertenencia a nuestro pueblo genera personas como tú, que viven así incluso ante sus adversarios políticos, de tal modo que un estudiante de extrema izquierda, cuando hace falta una persona que se preocupe por la docencia de sus compañeros, solo piensa que tú, como eres capaz de ser amigo y por cómo te ve relacionarte con los demás, puedes ser la persona adecuada para esa tarea política. Es sorprendente. ¿Qué habrá visto para llegar a pensar: «De este chico me puedo fiar, y por eso quiero animarlo a que se presente, porque será un bien para todos, para la universidad, para los compañeros»? No te lo ha propuesto porque no supiera quién eres y que era tu rival, sino precisamente porque te conoce, porque sabe de tu amistad con los demás. Este es solo un ejemplo, no agota toda la cuestión, pero documenta un tipo de contribución, de colaboración que podemos ofrecer en la vida pública cuando somos generados así, como tú eres generado: un amor a tus compañeros de la universidad, que te lleva a preocuparte por las cosas que les afectan.

Sucede lo mismo con la amistad, como decías: «Nuestra responsabilidad consiste en ser amigos por razón del encuentro que hemos tenido» (p. 135). Una amiga ha mandado una pregunta justo sobre esto.

Hola. Cuidando a mi madre, que lleva muchos años en cama, vivo una especie de “reclusión”. Un día me sentía tan agobiada que no podía más, percibía toda la injusticia de la vida porque esta situación me obliga a depender totalmente de la disponibilidad de otras personas para encontrar un hueco incluso para las cosas más normales, como hacer la compra, ir al médico o dar un paseo. Pero bastó un momento de memoria de los rostros llenos de alegría de mis mejores amigos para dejar de sofocar mi deseo de infinito, ese deseo que es indispensable para hacer el camino hacia esa alegría que busco. Se lo conté a una persona que, de buena fe, me invitó a tomar en consideración mis pequeños deseos para no asfixiarme. Entonces me di cuenta de que no necesito que me ayuden así. De hecho, tengo la cabeza llena de lo que me gustaría hacer, y cuando puedo lo hago. ¡Lo que necesito es alguien que me ayude a vivir a la altura de mi deseo de infinito! En cambio, muchas veces me da la sensación de que nos distraemos. No porque veamos el deseo de infinito y los deseos finitos como alternativos sino porque, de hecho, el deseo de infinito se percibe como algo poco concreto. Por eso te pido que profundices, primero en qué quiere decir «ser amigos por razón del encuentro que hemos tenido» (p. 135); y segundo: ¿en qué consiste «ayudarnos a redescubrir la realidad, a redescubrir todo lo que existe, ayudarnos a mirar, tocar, ver y sentir todo [¡todo!] lo que existe de tal modo que podamos llegar a decir: “Solo Él es”» (p. 139)?

¿Quién ha sorprendido este «ser amigos por razón del encuentro que hemos tenido»?

Buenas noches. Leer la Escuela de comunidad esta semana me ha impactado como pocas veces en mi vida. Están siendo para mí meses muy extraños, con el peso de la situación mundial que empieza a hacerse notar como cansancio en mis jornadas. La familia hasta ahora había sido un pilar bastante sólido para acompañarme, así como las llamadas esporádicas con mis amigos. ¿Pero de verdad basta con todo eso? El cambio ha sido gradual. Lentamente fui dejando de hablar con mis amigos y leer la Escuela de comunidad se iba convirtiendo en un peso, hasta que decidí que ya no merecía la pena. El resultado final de todo esto ha sido el eco de un vacío desesperante en toda la jornada, una constante distracción buscando emociones externas. Mis días se fueron convirtiendo en una continua juxtaposición de profundo aburrimiento y agitación extrema; y en el culmen de todo ello me encuentro entre las manos con el nuevo capítulo de la Escuela de comunidad, casi como por la necesidad de un último puerto inamovible. Hubo dos puntos que me sobresaltaron. Primero: cómo describe el pueblo, la totalidad de una compañía así, la tensión común hacia el ideal como algo que define la propia vida, que solo puede deberse a una existencia en el seno de un pueblo. Hasta ahora no había reconocido cuánto me ha faltado todo esto. Me ha abierto a una mirada hacia la comunidad nueva para mí, yo diría que real, porque nunca había sentido una necesidad tan concreta de

compañía en mi vida. Ahí está, sencilla, concreta, la respuesta de cuál era la compañía que necesitaba, porque no basta una compañía casual, por ciertas carencias que el corazón percibe. El segundo punto puede resumirse probablemente con esta frase: «La presencia es la característica del ser de Dios». Aquí, aquí, en el mundo. Esta frase es como un bofetón en la cara. ¿Me están diciendo entonces que hay algo que está presente, siempre, de verdad, aquí y ahora? Luego el texto continúa: «En esto consiste la gloria humana de Cristo: en que se vuelve tangible y experimentable aquí y ahora que Él es el significado pleno de todo» (pp. 138-139). Después del bofetón llega esta frase como un soplo de aire fresco. Esta frase también es verdadera para mí, leyéndola sentía que me resulta físicamente imposible negar ni una coma, ¿cómo podría negar que ahí se describe toda mi existencia y la necesidad más profunda de mi corazón? Y así, sencillamente pero en realidad con mucho dolor, la pregunta de los próximos Ejercicios –«¿Hay esperanza?»– no puede quedar sin resolver, ni cariñosamente pegada en la pared con un bonito post-it donde ponga «Cristo» como una respuesta pegada. ¡Todos sabemos con qué facilidad un golpe de viento echa abajo todos los post-it! Esta pregunta la quiero tener siempre y para siempre impresa, cada mañana, para poder, espero, irme a dormir cada noche dando una respuesta afirmativa, no por una estúpida e ingenua positividad, sino por el reconocimiento de un Amor que actúa en mi vida de manera incesante, esperándome solo a mí. Cada vez estimo más tu compañía en este camino.

Gracias, porque con tu testimonio has respondido a la pregunta sobre cómo ser amigos por razón del encuentro que hemos tenido. Lo que tú necesitas es una compañía donde puedas percibir esa tensión común hacia el ideal. Esta es una amistad en razón del encuentro que hemos tenido, porque el encuentro introduce la tensión de no conformarse, de que nos saquen continuamente de nuestras distracciones para lanzarnos cada vez más hacia aquello para lo que estamos hechos, el cumplimiento de nuestro deseo infinito, para lo que el Misterio nos ha creado. Por eso no nos basta con satisfacer nuestros pequeños deseos para estar bien, como decías. Hace falta una compañía que esté a la altura de nuestro deseo de infinito, que lo vuelva a despertar en mí continuamente a través de algo real, concreto. Esta es la característica del ser de Dios, que en cambio tantas veces nos parece abstracto. Aquí llegamos al punto que identifica Giussani: «El peligro mortal que amenaza a la Iglesia hoy es, en efecto, la abstracción (la manera abstracta de hablar incluso de “Cristo”), ya que sobre una palabra abstracta se pueden hacer todos los razonamientos posibles e imaginables» (p. 138). Entonces la cuestión es si vemos en nosotros la victoria sobre esta abstracción.

Desde hace un tiempo he empezado unas prácticas en una asociación que se dedica a la acogida de inmigrantes, drogodependientes y personas sin hogar fijo. Mi tutora me propuso, aparte de unas horas en el despacho, participar en el servicio en turnos de tarde-noche. Me he encontrado con un gran dolor, un abandono total, he conocido personas con enfermedades psiquiátricas y dependencias graves. Al terminar el turno, volvía a casa contenta, pero notaba dentro de mí un grito sordo: no tenía claro cuál era el sentido de encontrarme así con el dolor de los demás, de mi manera de moverme y acercarme. Notaba la desproporción ante esa presencia imponente del dolor, una desproporción que me inquietaba. Al día siguiente –este es el segundo hecho– fui al funeral de la hermana de un gran amigo mío, que tenía una grave discapacidad que la obligaba a estar en silla de ruedas y necesitaba ayuda en todas sus necesidades. Allí pasó algo inmenso para mi vida, algo que también iluminó la experiencia de la noche anterior. Me di cuenta de que, en el fondo, no tiene sentido ir a ver a los demás sin la conciencia del objetivo por el cual aquella familia había cuidado así de esa chica, es decir, de la presencia del Misterio que habita en el mundo. ¿El Misterio se ha hecho carne de verdad? La respuesta natural que brotaba en mi corazón era que sí, estaba siendo testigo de un mundo nuevo en el mundo de siempre. Viví aquella hora de misa como nunca había vivido nada, ¡pero nada de nada! Pasó algo que me descuadró mi manera de mirar el mundo. Me di cuenta de que deseo servir al mundo como esa familia ha hecho con ella. Ella era –y es– el signo del Misterio entre nosotros, y solo por eso su familia podía mirarla así. De esa experiencia nació en mí una nueva sensación de desproporción, pero era totalmente distinta de la de la noche anterior. Nació en mí el deseo de ir hasta el fondo de lo que había vivido ese día. De ahí brotó también un deseo de

tratar bien el mundo, la creación. Caminando por la calle al día siguiente, me daba cuenta de que no quería tirar al suelo ni un papelito que tuviera en la mano y me sentía estúpida, pensando: «¡Cómo va a pasar por estas nimiedades el ir hasta el fondo de lo que he vivido!». Pero sentía que, de un modo misterioso, también pasaba por esa pequeña conciencia. Por la noche sentía un gran deseo – por primera vez tan nítido– de seguir a este pueblo que es la Iglesia, que yo he encontrado a través de estos amigos. Me llamaba la atención leer en el texto de la Escuela de comunidad que «la gloria de Jesús es un hecho de este mundo, no del otro mundo», y que «un hombre de hace 2.000 años no podría estar presente aquí y ahora: si lo está es porque es Dios» (pp. 137 y 139). Me impresiona decir estas cosas porque antes del otro día no las entendía y me daba miedo decirlas. Pero he visto algo que me ha “cautivado”. Creo que estoy dentro de una historia que me ha traído hasta aquí. Para mí es una revolución y me pregunto: ¿cómo es posible vivir todas las cosas a la altura de esto que he descubierto?

La primera cuestión es reconocer qué puede vencer la abstracción de la que hablábamos antes. «Lo único que vence a la abstracción es el presente» (p. 138), algo presente. Tú lo has visto en la manera en que esta familia ha tratado a su hija con discapacidad y luego lo has percibido claramente en la misa. «No tiene sentido ir a ver a los demás sin la conciencia del objetivo por el cual aquella familia había cuidado así de esa chica, es decir, de la presencia del Misterio que habita en el mundo [...], un mundo nuevo en el mundo de siempre». Esto despertó todo tu deseo de secundar y seguir este lugar que es la Iglesia, la pertenencia al lugar al que todos pertenecemos. ¿Por qué? Porque ahí se documenta la gloria de Jesús, que es un hecho de este mundo, no del otro mundo. Jesús existe porque está presente, porque está presente en medio de nosotros, y nosotros Lo vemos de una manera tan concreta que Lo reconocemos presente. Tú te preguntas: «¿cómo es posible vivir todas las cosas a la altura de esto que he descubierto?». ¿Cómo darse cuenta, qué tipo de trabajo hay que hacer para poder vivir con la conciencia de que Cristo es concreto, para no reducirlo a algo abstracto? Todo lo que estamos diciendo esta noche tiene esta concreción.

Cito: «No hay nada, fuera de la pasión por la gloria humana de Cristo, que pueda dar alegría al corazón con un mínimo de estabilidad y de equilibrio» (p. 139). Sobre esto, durante una Escuela de comunidad una persona preguntaba: «¿Podéis poner ejemplos de esto?». Me di cuenta de que en este último año, desde el primer confinamiento, he crecido mucho en este punto. Durante ese tiempo, frente a las restricciones y todas las cosas que no podía hacer, me sorprendía con una extraña serenidad, a pesar de que viera a la gente a mi alrededor abatida, sombría, enfadada. Empecé a preguntarme por el origen de esa serenidad, dispuesta también a que me respondieran que en el fondo me pasa porque soy superficial e inconsciente. Pero poco a poco me fui dando cuenta de que esa serenidad no era inconsciencia, sino fruto del camino que estoy haciendo, paso a paso, dentro de esta compañía. Esa serenidad deriva de una experiencia, lo importante es hacer memoria. Por eso, de una manera misteriosa para mí, me vi viviendo la situación del confinamiento con serenidad e incluso con curiosidad. Quería ver qué podía aprender de esa situación. Me di cuenta de que esa experiencia aparentemente tan banal también me definía cuando ingresaron a mis padres por covid-19. Hubo una noche en concreto –cuando mi padre todavía estaba en casa conmigo– en que experimenté toda mi impotencia frente a aquella situación. Día tras día me fui dando cuenta de que tenía una serenidad que también era fruto de la experiencia del primer confinamiento. Sería una estúpida si negara lo que había experimentado, me habría negado a mí misma y la experiencia de una certeza que había nacido silenciosamente de muchos pequeños hechos sucedidos en mi vida. Lo único que podía hacer era seguir atenta a lo que iba sucediendo paso a paso. Esos días me daba cuenta de mi total impotencia, pero esa impotencia estaba sostenida. Me explico. Lo que me permitía no quedar aplastada por esa impotencia eran sin duda la compañía (signo de la compañía de Alguien más grande que no me deja sola) y la oración de mis amigos. Para mí esta es la experiencia de la pasión por la gloria humana de Cristo, que da alegría al corazón de manera estable, en cualquier circunstancia. Y sé que esta experiencia podré negarla, pero nunca olvidarla.

Gracias. «¿Cómo es posible», entonces, «vivir todas las cosas a la altura de esto que he descubierto?», preguntaba la intervención anterior. Simplemente, como tú dices, lo único que hay que hacer es estar atentos a lo que sucede paso a paso, educándonos en esta atención, hasta descubrir que incluso nuestra impotencia puede ser sostenida, y por tanto es que hay algo real que actúa y que te hace experimentar que la gloria humana de Cristo está presente. Lo que hace posible estar a la altura de lo que hemos descubierto es –por responder a la pregunta anterior– la memoria. Pero la memoria, como hemos visto esta noche y como siempre nos ha enseñado Giussani, para nosotros no es solo un recuerdo sino algo presente. Todos esta noche os habéis referido a cosas reales, presentes: un amor entre nosotros, una amistad antes totalmente impensable, oír hablar de filosofía con un entusiasmo que no se puede dar por descontado, el «nosotros» dentro de la definición del «yo» que alcanza así una gran madurez, la creatividad ante todas las circunstancias (incluida la educación online), el reconocer que Su acontecer me hace respirar, una gratitud inmensa por una sobreabundancia de iniciativas hacia mi vida. Podríamos estar aquí hasta medianoche solo recordando, haciendo emerger la memoria de todo lo que documenta que la presencia es la característica del ser de Dios. Como dice santo Tomás, citado por don Giussani, «el nombre “El que es” significa estar en el presente, cosa que corresponde del modo más absolutamente propio a Dios, cuyo ser no conoce ni pasado ni futuro». Pero esta Presencia se documenta aún más claramente mediante el Verbo hecho carne, presente entre nosotros. Ahora podemos tocarlo aún más con nuestras manos, después de haber oído todas estas intervenciones. «El que está presente entre nosotros es Cristo, el Verbo encarnado, nacido de mujer, muerto y resucitado» (p. 139). Si citamos estas palabras, estas frases, separadas de los hechos que hemos contado, todo se vuelve abstracto y la Escuela de comunidad se reduce a un conjunto de frases que no nos tocan, algo vacío. En cambio, es lo contrario. «Un hombre de hace 2.000 años no podría estar presente aquí y ahora: si lo está es porque es Dios. Esto es la glorificación de Cristo». «Reconozco un Presente que es dominante, determinante. Si no fuera así no estaría entonces presente» (p. 139). Por eso don Giussani nos dice cuál es el trabajo que hacer, cuál es la iniciativa que tomar a continuación. «Necesitamos por ello ayudarnos [ayudarnos mutuamente, como amigos] a redescubrir la realidad, a redescubrir todo lo que existe, ayudarnos a mirar, tocar, ver y sentir todo lo que existe de tal modo que podamos llegar a decir: “Solo Él es”. En esto consiste la gloria humana de Cristo: en que se vuelve tangible y experimentable aquí y ahora que Él es el significado pleno de todo. Si algo quedara realmente fuera de Cristo, entonces Él no sería nada, porque ya no sería Señor» (p. 139). Todo el intento de esta historia a la que pertenecemos es educarnos para sorprender Su presencia. Giussani hizo un resumen precioso de lo que debemos hacer aquí, como amigos: ayudarnos a reconocerlo presente. Esto es la memoria, que introduce una tensión continua: podemos seguir siendo «bestiales como siempre», pero estamos «siempre luchando» (T.S. Eliot, *Cori da “La Rocca”*, Bur, Milán 2010, p. 99), jamás yendo a otra parte, porque esta es la única posibilidad de hacer –como decían antes– la vida, «vida».

Escuela de comunidad. La próxima Escuela de comunidad por videoconexión será el miércoles 19 de mayo a las 21h.

En este tiempo trabajaremos el punto 3 del capítulo tercero, «Un Pueblo que continuamente se deshace y se reconstruye». En la Escuela de comunidad de mayo retomaremos también los apuntes de la Introducción de los Ejercicios de la Fraternidad.

Ejercicios de la Fraternidad. Como sabéis, los Ejercicios serán por videoconexión del 16 al 18 de abril. Recuerdo que las inscripciones están abiertas hasta el 12 de abril. Todos los inscritos a la Fraternidad han recibido mi carta y las indicaciones técnicas para inscribirse y participar. Os pido que leáis ambas cosas con mucha atención para prepararos adecuadamente para el gesto y no esperar al último momento para inscribiros, y para facilitar la organización técnica del gesto. También recuerdo que la inscripción es personal y se le pide a cada participante.

La secretaría ha trabajado para ofrecer una modalidad de participación que fuera la más sencilla posible y en principio al alcance de todos. Si participar en los Ejercicios presenciales en Rímini era

antes imposible para algunos, la videoconexión puede alegrar a algunos que por fin pueden seguirlos, mientras que otros pueden tener dificultades porque no son capaces de manejar las herramientas tecnológicas. Que cada uno haga lo que pueda, ofreciendo lo que pueda o no pueda hacer por el crecimiento de su autoconciencia y la de todos.

Gestos de Semana Santa. Como adelantamos el mes pasado, de manera extraordinaria todos los adultos del movimiento están invitados a valorar la oportunidad de participar en el *Via Crucis* por videoconexión propuesto por el CLU la tarde del Viernes Santo y, si es posible, también en los otros dos momentos del Triduo, la mañana del Jueves y la del Viernes.

Los gestos se retransmitirán en directo por *streaming* en la plataforma de Avvenimenti.

El lunes 29 de marzo se publicará en la web de CL el cuaderno con los cantos y lecturas del Triduo del CLU para poder seguir con más atención el gesto.

Si las circunstancias laborales y personales lo permiten, ¡aprovechemos esta ocasión! Es un gran don poder vivir la pasión de Jesús identificándonos con la experiencia del Triduo pascual tal como don Giussani nos enseñó, para que pueda crecer en nosotros ese afecto a Cristo lleno de razones que tanto nos fascinó al conocer el movimiento.

El Libro del mes de abril y mayo será: *Sulla soglia della coscienza. La libertà del cristiano secondo Paolo*, de Adrien Candiard, editorial EMI. El texto, también disponible en e-book, es un comentario a la carta de Pablo a Filemón. Es una ayuda para afrontar muchas cuestiones que hoy nos interpelan. Es una lectura preciosa sobre todo para profundizar en lo que quiere decir que el cristianismo es un acontecimiento que se ofrece a la libertad y no solo un sistema de reglas morales. Nos lo hemos dicho en varias ocasiones: «El acceso a la verdad solo es posible a través de la libertad». La lectura de este libro es una ocasión para volver a comprobarlo en nuestra vida diaria.

Quien busca encuentra. Es el título de la nueva campaña de suscripción a *Tracce*, que comienza en los próximos días. En este año tan dramático, hemos dado espacio a las preguntas que han surgido entre nosotros y en todos. Y hemos visto suceder hechos imprevisibles. La revista quiere seguir contándolos, es el instrumento más sencillo para redescubrir y comunicar el tesoro que nos hemos encontrado.

Hasta el 20 de abril será posible activar la suscripción de «apoyo» a un precio especial de 40 euros. Recuerdo que suscribirse ayuda también a sostener la web de CL y las redes sociales.

Aprovechemos la Semana Santa, que nos invita a todos a identificarnos con los días de la Pasión de Jesús, para poder llegar a la celebración de la Pascua y estallar de alegría, con esa leticia que Cristo resucitado nos comunicará.

¡Feliz Pascua a todos!

Gracias.